

La fotógrafa Vida Yovanovich / Elena Poniatowska

(Primera de dos partes)

Un lunes duele la cintura, el martes resulta difícil doblar las rodillas. Y uno adquiere la conciencia de que respira porque se va el aliento. Uno se mira las manos, bajo la piel asoman los nudillos, los tendones son desvalidas alas de pollo, huesos que podrían desmembrarse de una sola mordida.

Poco a poco uno se va orillando a la vejez o es ella la que se acerca tan callando. “En México no te dejan fotografiar asilos para ancianos”, dice Vida Yovanovich. “Este fue un asilo particular, atrás de la Villa de Guadalupe, donde me dieron ciertos tiempos para fotografiar.”

La fotógrafa Vida Yovanovich escogió tomarles fotografías a los ancianos y llamó a su serie *Cárcel de los sueños*. Todas son mujeres en un estado muy dramático de ancianidad, es decir, su vejez está tan avanzada que parece que van a morir al otro día de que Vida Yovanovich las fotografíe. Desdentadas, deshojadas, desencuadradas, el espectáculo que dan las ancianas es triste. A pesar de su decrepitud, las fotos que Vida les toma no son tremendistas. Son dolorosas algunas, terribles otras, pero no hay en Vida afán de escándalo. Hija de yugoslavos, como su nombre lo indica Vida Yovanovich nació en Cuba, pero se considera mexicana desde 1956 en que llegó a nuestro país. Cuando cumplió 40 años se aterró, pensó en su propia muerte y se fue a retratar ancianas. No sólo las retrató a ellas, sino que se retrató a sí misma entre ellas, hombro con hombro, para poder tolerar quizá su propio envejecimiento. Muy guapa, muy alta, Vida dejó que le penetrara la decrepitud ajena, la vergüenza ajena, la soledad ajena. No sé si se acostumbró a que paso a pasito iba encaminándose a su propia vejez. Lo que sí sé es que la experiencia tan contundente nos da fotografías espectrales, dramáticas e intensas que nos hacen reflexionar en uno de los temas que siempre procuramos evitar: el de la propia vejez.

—¿Por qué escogiste la vejez en primer lugar?

—Porque estaba a punto de cumplir 40 años. Creo que se me vinieron 20 mil cosas a la cabeza y tuve que entrarle, ahora sí que “coger al toro por los cuernos”.

—Pero 40 no es vejez.

—No, pero la vejez es mi propia incapacidad para enfrentar el paso del tiempo. Yo creo que hay personas con más facilidad para enfrentar la vejez y el paso del tiempo

que otras. A mi me cuesta mucho trabajo. Fotografiarla fue mi manera, pienso, de aceptarla. Te platico que al principio fue tal “choque” que me tomó mucho tiempo empezar a penetrar en la ancianidad. Hay un olor muy especial con la vejez. Las primeras veces me quedaba yo sentada en una de las camas del asilo nada más mirando. Y al salir me lavaba las manos, con una sensación horrible de contagio. Era horrible, me sentía mal por eso. Me siento mal ahora al comentarte que sentía asco.

—**Sin embargo, seguiste adelante con tu proyecto.**

—Fue un proyecto que tomó cinco a seis años, no me acuerdo ni cuántos, como te digo, mis proyectos son lentos, me meto mucho en ellos, son un poco como una meditación. Sólo fotografié un asilo, no estuve brincando de un asilo a otro y empecé a formar parte del mismo. Es un asilo, como te dije, atrás de La Villa, donde la mayor parte eran mujeres, había unos cuántos hombres. Los hombres mueren antes que las mujeres, las mujeres somos las que acabamos más solas. Nos abandonan con mayor facilidad.

—**¿Nunca sentiste que las estabas espiando, que a lo mejor a ellas no les gustaba que las fotografieras en ese estado?**

—Alguna vez me preguntaron “que si no robaba yo imágenes”. Aunque el trabajo del fotógrafo es un poco “robar imágenes”, la manera en que yo me permito robarlas es porque me vuelvo transparente

—**¿Cómo lo logras?**

—Ha sido a través de los años que me volví transparente. Me volví una de ellas, me volví parte del lugar. No llegaba y fotografiaba y me desaparecía sino que de veras llegaba y me quedaba todo el día y llegué a estar hasta en la noche. En la noche es muy impresionante estar en un asilo donde todo es silencio. Además, es chistoso, pero las mujeres que durante el día con la luz eran mis amigas, en la noche se volvían mis enemigas.

—**¿Y cómo manifestaban su enemistad?**

—Lo que pasa ese que este asilo no tenía recámaras privadas, eran recámaras, como viste en alguna de las fotografías, de dos, tres, cuatro hasta 10 camas. Entonces había de repente interacción entre ellas. Algunas tenían Alzheimer y aunque hubiese interacción obviamente lo que decía una, la otra contestaba algo que nada tenía que ver. En la noche, lo único que las enfermeras quieren es no saber nada de lo que está pasando y mantener las luces apagadas. Me dejaban permanecer ahí con las ancianas porque eran mis amigas, si no yo creo que me hubieran sacado desde cuando, y me

mantenía en silencio dentro del juego de sombras. Si yo prendía o apagaba la luz, entonces gritaban que querían que les prendiera yo la luz. Otra me gritaba que me fuera.

—Pero, tú te quedabas a dormir ahí, ¿o qué?

—No, no. Llegué a quedarme hasta la media noche, un par de veces nada más y eso fue muy al final. Empecé desde muy afuera, por ejemplo, pasaron tres años antes de que yo fotografiara un cuerpo desnudo, ¡tres años! Tomar a una anciana desnuda fue una maravilla, fue mi liberación, porque yo creo que fue algo que se fue preparando. Si yo hubiese fotografiado el cuerpo desnudo muy al principio, no sé si hubiese seguido ese proyecto. Como mujer, ver el cuerpo desnudo y acabado de otra mujer es muy, muy impactante ¿no? Después de tres años en el asilo, ya había yo pasado cosas tremendas, verdaderos exámenes de conciencia. Ya librate uno y vas pasando otro y el otro y ya como que a los tres años estás acostumbrada a la decrepitud y ya no te aterra tanto.

No es que yo me dijera voy a esperara tres años, sino que pasé todo ese tiempo con ellas y me sentí lista para fotografiar un cuerpo, hayas que en las últimas fotografías, de veras me sentí yo en casa.

—¿Y tus propios retratos con las ancianas?

—Los autorretratos empezaron a salir desde muy al principio. Yo nunca me había fotografiado, nunca me había tomado un retrato y un día que ya no aguantaba estar ahí, el dolor del cuerpo, me encerré en un baño. No me quería yo ir porque quería continuar, necesitaba yo como un respiro y entonces me fui al baño y de repente estábamos mi cámara y yo, y comencé a fotografiarme en el espejo. Para mi resultó un respiro dentro de este trabajo fotográfico de la vejez y la muerte. Mi retrato empezó a meterse como un respiro dentro de mi jornada en el asilo. Creo que entonces retraté mi inhabilidad para enfrentar al tiempo, mi paso en el tiempo, mi miedo a la muerte, la certeza de que no sólo las ancianas morían sino que muchas cosas más también se morían.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a la vejez y a la muerte?

—Sería una maravilla si yo supiera la respuesta. Siento que además yo nací con alguna deficiencia: el no aceptar el paso del tiempo. Mis padres, por ejemplo, jamás hablaban de sus edades y no sabíamos ni cuántos años cumplían ni cuándo los cumplían, porque jamás festejamos su cumpleaños. Mi padre se desaparecía. Bueno, yo no sé si eso tuvo que ver o no pero cuando yo cumplí cuarenta, me cuestioné tremendamente.

Mi madre ha estado enferma durante los últimos 14 años y tal vez su enfermedad, y bueno la muerte que a veces está cercana y a veces tan lejana porque juega con ella muchísimo, me haya afectado en grado superlativo. La primera vez que logré sentarme en la cama de una de las mujeres del asilo –cosa que también lleva tiempo-, y a la primera a la que toqué, se me fue de lado y fue la primera vez que pude enderezarla sobre su almohada y no salir corriendo. Era una mujer muy linda, como ligeramente chuequita y que temblaba un poquito. Le pregunté cómo se llamaba, me contestó y le pregunté qué tenía y me dijo que mal de Parkinson. Eso era exactamente lo que mi mamá empezaba a tener.

Para mí fue un *shock* porque pensé que esto mismo le esperaba a mi madre.

—**¿Por qué se te ocurrieron esos autorretratos si tu no eres una anciana?**

—Siento que soy una persona dura, lo siento en mi cara, en mi boca. A lo mejor tengo mucha tensión, por ejemplo, en la quijada, traigo demasiadas cosas guardadas. Yo hago fotografía, yo hago retratos. Si yo te estuviera fotografiando ahorita aquí, pues te diría: “¿Sabes qué?, mójate el labio, porque está padrísima con esa expresión”. Entonces yo a la hora de fotografiar, no estaba buscando la foto sensual mía, no, para nada, guácatela, pero sí estaba yo sintiendo mi propia muerte. A la hora de sacara ese primer autorretrato, al revelarlo sentí en mi rostro una enorme dureza. Cuando lo veas, lo vas a observar porque es una dureza alrededor de la boca, que te lo juro que, que lo vi, me dio miedo y dije “Ay, ¿por qué?” Yo no programé esa foto. Jamás me dije, el inciso número cuatro va a hablar de la dureza. No. Hice otras fotos mías y el todos los autorretratos que están allí eso es lo que sale; la dureza. Ninguno es *show*, ninguna de las fotografías del libro *La cárcel de los sueños* fue planeada. Hay una sola fotografía que tiene a la Gioconda, la Monalisa, que lo único que hice fue mover el cuadro porque era más fácil mover el cuadro que mover a la señora que estaba en el sillón, pero todas las demás son el retrato fiel de lo que pasaba ahí. Permanecí en el asilo horas, a veces sentada, a veces en el suelo, caminando, lo que quieras.

—**¿Platicando con ellas?**

—Aprender a platicar con ellas fue un aprendizaje también, porque te digo que algunas divagan y otras tienen sus momentos lúcidos. Me impactó, por ejemplo, que había un área de hombres que sólo descubrí tiempo después porque las mujeres ancianas me impresionaron tanto que me quedé con ellas. Hasta que de repente un día, no sé ni qué pasó, entré por otra puerta, di vuelta a la izquierda en lugar de a la derecha para donde siempre iba yo, y que veo el área de los hombres.

Se habla muchísimo de por qué las mujeres sobrevivimos a los hombres y de repente cuando ves esa tristeza en los asilos y ese abandono pienso que me fascinaría ser hombre y morirme antes.

—**¿En la pareja el primero que muere es el hombre?**

—Por lo general el hombre se muere, y es cuando la pareja se desbarata y la familia ya no se hace cargo de la mujer que está pasando con la vejez.

El siglo XX tiene una verdadera incapacidad para lidiar con los viejos, no se sabe qué hacer con ellos y mucho menos en nuestro país.

México no tiene los mejores asilos del mundo, algunos lugares como el Español tienen pabellones maravillosos para los ancianos, pero en general estamos muy mal. Bueno, mi trabajo no se abocó a una crítica sobre los asilos o el comportamiento de los familiares, porque es meramente personal, aunque sí refleja los aspectos familiares de los ancianos retratados.

(Segunda y última parte)

En algún momento del proyecto cuando empecé a mostrar algunas de las fotografías, los comentarios eran: “Oye, pero la ancianidad también tiene su parte amable, ¿no?, su parte tierna, ¿por qué no fotografías eso?”. Entonces me puse a buscar la parte tierna de la vejez. Me puse recordatorios a mí misma, en mi casa, en mi estudio, pegados en la pared. Me quedé pensando: “Es cierto, no estoy fotografiando la parte tierna”. Me di cuenta que yo no podía inventar algo que no estaba sintiendo. Es decir, para mí la vejez y la muerte y todo el rollo este que estaba fotografiando es trágico, drástico y dramático. No hay parte tierna.

—**¿Entonces retrataste lo que tú traías adentro?**

—Exactamente, y con mis autorretratos así fue. Me retraté con la vejez o con alguna vieja que me acompañaba. Yo soy la siguiente generación. Incluso soy la próxima vieja en el espejo

—**¿Hiciste eso para castigarte?**

—Para liberarme más que castigarme, aunque sí parecía que era castigo muchas veces. Salía yo desecha y lloraba todo el camino de regreso a la casa. Fue grueso y difícil. Resultó ser una terapia y las terapias son para liberarse no para escapar de la realidad, Sé que voy a llegar a vieja y voy a tener que enfrentarlo.

—**¿Cómo te volviste fotógrafa? ¿Por qué escogiste la fotografía?**

—¡Híjole!, hace tantos años de mi vida. Desde chica me gustó el arte, quería yo estudiar arte. Cuando llegó el momento de estudiarlo, mi padre se negó rotundamente. Mis padres son yugoslavos, salieron durante la guerra y siempre pensaron que tenía yo que estudiar alguna cosa con la cual podría mantenerme en un mundo cambiante como el suyo. Ellos son de Belgrado, de los malos del cuento ahora, pero no son de los malos. Todos tienen un poquito de malos y todos tienen un poquito de bueno. Belgrado es la capital de Yugoslavia. Ellos salieron durante la guerra y fueron a Cuba y yo nací en Cuba, ahí vivimos hasta que cumplí siete años y de ahí nos venimos a México. Después, ya casada, estudié arte con una especialización fotográfica y me di cuenta que la fotografía se va aprendiendo con el quehacer. Llevo veintitantos años tomando fotografía. Cuando nació mi segundo hijo tomé la decisión de tomarlo en forma profesional y desde entonces me dedico a la fotografía, vivo también de la foto.

Cuando empecé como fotógrafa se inició también el Consejo Mexicano de Fotografía con Pedro Meyer, Graciela Iturbide y Mariana Yampolsky. A mí se me caía la baba. Todos esos nombre maravillosos con los cuales a mí se me caía la baba tenían cara y los conocía a todos. Siento que en algún momento a mí Graciela me impresionó bastante y durante muchos años hice fotografía, yo no diría que como la de Graciela, porque la de Graciela es fotografía documental muy especial, muy sui generis, pero sí hice fotografía como cuadradita, como perfecta y no sé qué.

Ahora estoy en otro cambio, ahora que empecé con el rollo de la vejez y de mis autorretratos empecé a liberarme, a ser un poquito más atrevida, a meterme un poquito más, creo que por eso me tomó tanto tiempo, porque fue un cambio total.

Empecé a fotografiar desde un ángulo distinto, algo que años atrás yo hubiese visto, ¡qué horror está desenfocado! ¡qué horror nomás es un brazo!, me pareció aceptable. Fue cuando empecé con los autorretratos. Ahora estoy experimentando con otras cosas.

—**¿Con qué cosas?**

—Con la cámara de cartón

—**¿Qué es eso?**

—La que tiene nomás un agujerito. Siento que soy una persona como muy rígida, siempre he sido muy tiesa, y a través de los años lo que más he querido es liberarme. A través de ese tipo de fotografía, que es una maravilla, puedo lograrlo, porque no sabes ni qué estas fotografiando. Totalmente libre.

—**¿Y por qué crees que has sido tan rígida?**

—Creo que uno nace con una parte de la rigidez y otra parte te la da la educación que recibes

—**¿Y tu educación fue muy severa, o qué?**

—Severa es una palabra como dura. Cuando dices severa, me imagino que me castigaban y me daban trancazos. Sí me castigaron y me dieron trancazos, porque yo era bastante diabla, pero sí siento que tuve una estricta educación. Mis padres eran muy europeos y lo siguen siendo. Me acuerdo que de chica, por ejemplo, entre semana no me daban permiso de salir a jugar, la semana era el momento para estudiar. Me ponían a estudiar, y los fines de semana, si no había acabado de hacer todo lo que tenía que hacer durante la semana. Tenía que ser perfecto. He tratado de liberarme de las consignas y decir: “No, no, ahora me voy a relajar” y no sé cómo relajarme, porque toda la vida me lo impidieron.

Dentro del Consejo Mexicano de Fotografía llegué a ocupar algunos puestos. Cuando se celebraron los 50 años de la fotografía fue cuando hice la exposición de las 22 mujeres. He coordinado un par de exposiciones. Coordiné una de nueve mujeres, que fue un poquito antes de esa y de ahí salió la idea de mujeres fotografiando mujeres. Ahora ya está muy choteado, pero hace unos años, en 87 creo, 86 u 87, acababa esto de empezar y fue interesante la visión de las mujeres fotografiando mujeres, entre otras Eugenia, Graciela, Mariana, Laura González, Eugenia Vargas es la que se embarraba de lodo, ¿te acuerdas? Fíjate cómo es la vida. Yo jamás imaginé, cuando coordiné aquello, que yo estaría haciendo algo así años después.

Volviendo a la vejez, Vida Yovanovich nos dice:

—Dentro del asilo para ancianos nada cambia. De repente dejaba yo de ir y me daba cuenta que no me había perdido de nada. Todos los días la misma cama, el mismo chal, la misma silla de ruedas, la misma hora, nada varía, nada.

—**¿Y nada les da esperanza? ¿No tienen visita, no tienen familiares que los vayan a ver?**

—Sí, los sábados y los domingos. Sabes lo que sucede, vuelvo a decir lo que dije al principio, que es la dificultad que tenemos de aceptar a nuestros viejos. Y yo como me metí a esta parte drástica que es el México de los asilos, el México del abandono de los viejos. Hay otro México en el que todavía tenemos esta vejez maravillosa en las comunidades indígenas, la vejez maravillosa en algunos de los pueblos, donde la vejez es compartida, la vejez es tomada en cuenta. Lo que sucede es que me metí al área de los asilos porque yo creo que es la más dramática, y era mi manera de deveras trabajar

ese rollo que yo tengo. Por suerte no todo el mundo trata a sus viejos mal, no todos vamos a acabar en un asilo.

Hay una fotografía de una mujer que tiene cara casi de hombre, pero es una mujer con una fuerza, que tu dices “esta mujer va a morir parada”. Yo me cuestioné y dije: “Bueno, ¿qué tiene esta mujer que no tiene la otra?” La casualidad era que esta mujer era mucho mayor que la otras, se llamaba María. Caminaba por los pasillos. Y le decían: “María, ¿a dónde vas?” “Es que estos, mis huesos, se me entiesan” y caminaba para arriba y para abajo. Era una maravilla verla, con una fortaleza, pero no sé qué pasa dentro del ser humano que a uno lo hace ser muy fuerte y al otro no tanto...

Otra cosa es la religión. Muchas de mis fotografías tienen algún símbolo religioso y eso me impactó mucho: la fuerza que tiene la religión. Yo creo que esa es la fuerza que las ayuda a seguir viviendo y a no desesperarse. Y todo los días me decían: “Si Dios quiere, aquí nos vemos mañana”, y si al día siguiente llegaba yo y las veía, es que “Dios no quiere llevarme con él”. Entonces se reían y me decían: “Yo creo que es porque estoy pagando mis culpas y ya ni me acuerdo cuáles son”. Qué maravilla, ¿no? Entonces, la religión tiene mucho que ver en la fortaleza o en el derrumbe de los ancianos.

Otra de las cosas que me llamó mucho la atención fue que las palomas, que se espantan con cualquier cosa, no le tenían miedo a los ancianos. Formaban parte de esta vejez. Si ves algunas de estas fotos, comen del plato del viejito. Entran y salen, y era una paz la que emanaba de estas palomas verdaderamente notable. Debo confesar que llevaban yo pedacitos de tortilla para que no se me fuera a ir la paloma, y esta fotografía que ves aquí de las palomas, yo me pasé dos horas esperando a ver qué pasaba con la paloma. Por fin se quedó y pude retratarla. Fue una maravilla.

—Pero las palomas tú sabes que también pueden ser muy crueles, porque matan a sus crías...¿Y a los viejitos les gustaba tener palomas ahí?

—Algunos no les hacían caso. Esta en especial, era una señora maravillosa, se llamaba Rafaela y les daba de comer y estaban en su cuarto, les guardaba tortilla y pan bueno, otras las espantaba. A mí lo que me llamaba la atención era la lentitud de la vejez para que las palomas formaran parte de esa vejez. Yo tuve que empezar a moverme lentamente como los viejitos y a caminar lentamente.

Fíjate, tú hace rato me preguntabas si yo sabía relajarme, a lo mejor yo aprendí a relajarme con este trabajo, porque era necesario para formar parte de él, el que caminara tan despacio.

Mira, a las viejitas yo les tomaba fotografías con mi cámara y les llevaba yo las fotografías y, sí les fascinaban, se las regalaban a sus hijos y a sus familiares.

Hace muchos años yo empecé a fotografiar muñecas abandonadas, porque la muñecas abandonadas se convirtieron en niñas y las niñas se convirtieron en mujeres jóvenes.

—¿Abandonadas?

—Me dediqué mucho a fotografiar esa parte. Y durante años me brinqué mi propia edad. Imagínate qué tan difícil no era, era para mi aceptar que me brinqué mi edad. O sea, yo podía fotografiar lo que era abajo y lo que era arriba, pero lo que era mi edad jamás la fotografiaba, hasta que no me empecé a fotografiar yo. Ahí es dónde empecé a fotografiar mi edad. Como que yo no me ubicaba en ese espacio. De repente me podía topar con una mujer que a lo mejor tenía la misma edad, pero para mi o era menor o era mayor, era algo que no lo puedo explicar y pasaron muchos años hasta que no empecé con la vejez y luego con mis autorretratos, que es cuando ya empecé a fotografiar mi edad”.

Vida Yovanovich ha corrido el riesgo de fotografiar a los ancianos y ha salido airoso. Sus fotografías son desgarradoras y de una fuerza enorme. Nos confrontan con la muerte con una gran intensidad dramática. Vida no deja a sus ancianas solas y se pone junto a ellas, alta y dramática también, la boca amarga y los ojos severos. Se mezcla con las viejitas y comparte su vejez, sus limitaciones, su situación de abandono. Sus imágenes registran la violencia del tiempo en el cuerpo de hombres y de mujeres. Y sin embargo, aunque resultan muy dolorosas, no nos escandalizan por su crudeza extrema; al contrario, nos hacen reflexionar en algo que a todos nos espera: nuestra propia muerte, y lo que es peor, la muerte de los que amamos.

PONIATOWSKA, Elena. “La fotógrafa Vida Yovanovich”, *El Nacional*, 19 y 20 de mayo de mayo de 1996, páginas 34 y 36.